

Índice

Nota aclaratoria	11
Prólogo. Siempre un poco más lejos	13
Capítulo primero. El marido era el gallego	17
Capítulo segundo. Iré a Santiago . Santiago	23
Capítulo tercero. Donde el sol es más caliente . Santiago	31
Capítulo cuarto. El mar de Rafael . Santiago	43
Capítulo quinto. A Raúl no le gusta el cine . Guantánamo	55
Capítulo sexto. En Castilla, el paisaje es el cielo . Baracoa	63
Capítulo séptimo. Y Reinaldo apagó la luz . Holguín	75
Capítulo octavo. ¿Usted por aquí, don Martí? Bayamo	89
Capítulo noveno. Hebert Matthews sube a la Sierra . Sierra Maestra	103
Capítulo décimo. Camilo Cienfuegos, que estás en los cielos . Camagüey	119
Capítulo undécimo. Carne de yugo ha nacido . Trinidad	135
Capítulo decimosegundo. ¡Esta noche, Benny Moré... si viene! Cienfuegos	151
Capítulo decimocuarto. El Cristo de Vallegrande . Santa Clara	167

Capítulo decimoquinto.	
«Tú serás la reina de Cuba». Ciénaga Zapata	183
Capítulo decimosexto.	
A Papá «Jemingüey» se le acaba la gasolina. La Habana	199
Capítulo decimoséptimo. El vuelo del «Soto». Varadero	215
Capítulo decimoctavo. Vampiros en La Habana. La Habana	229
Capítulo decimonoveno. «Yo pondré la guerra». La Habana	243
Capítulo vigésimo. La larga sombra de John Silver. Viñales	257
Capítulo vigesimoprimer. Y al final llegó el final. La Habana	271
Epílogo	283
Cronología	287
Bibliografía	295



En Cuba se vive de puertas para afuera. Los vecinos toman la calle sin intención de llegar a ningún sitio, a menudo ratificando que el pueblo está hermanado con el grito.

Iré a Santiago

*«Cuba no es solo un país. Son muchos países superpuestos.
Uno esconde al otro, en capas que se ocultan y protegen
de miradas frívolas y apresuradas»*

PEDRO JUAN GUTIÉRREZ: *Corazón mestizo*

*«Cuando yo llegué a Santiago
con ganas de celebrar
salí dispuesto a tomar
la noche de un solo trago»*

JUAN PERRO: *Raíces al viento*

«Cuando llegue la luna llena iré a Santiago de Cuba, iré a Santiago, en un coche de agua negra. Iré a Santiago». Federico García Lorca llegó a Cuba en marzo de 1930. Por puro azar, al igual que Cristóbal Colón descubrió América cuando buscaba un nuevo paso hacia las Indias navegando hacia el oeste. Después de apurar su estancia de varios meses en la Gran Manzana, que le inspiró *Poeta en Nueva York*, el granadino ya preparaba el regreso a Andalucía, pero, inesperadamente, le invitó a Cuba un amigo escritor. Al poeta le fascinó la isla, que recorrió de punta a punta. «Si me pierdo, que me busquen en Andalucía o en Cuba», escribió a sus padres tras el primer mes de estancia.

Para Lorca, La Habana fue como «un Cádiz grande, con mucho calor y gente que habla muy alto». Santiago le hizo evocar una Granada ceñida también por sus sierras, aunque menos preciosista y recoleta por la presencia del mar. La versión oficial asegura que a Federico le causaron admiración las más distinguidas señoras de la sociedad habanera y que en la capital frecuentó la «casa encantada» de la calle Calzada, en el entonces aristocrático barrio de El Vedado, donde vivía la escritora Dulce María Loynaz. También se cuenta que

se enamoró locamente (¿alguien conoce otra forma de enamorarse?) de una mulata que oficiaba de modelo para un pintor durante el día y que trabajaba en un puesto de comida rápida cuando la admiraba la luna. «Luna lunera cascabelera, ve y dile a mi amorcito por Dios que me quiera.» No se sabe, en cambio, si entre cuadro y plato combinado a la caribeña le quedó tiempo o ganas para atender al andaluz de ojos esféricos que, durante 38 geniales años, se abrieron inmensos a la vida bajo el negro balcón de sus cejas.

Las memorias paganas, en cambio, desvelan que se escabullía una noche sí y otra también de sus amigos habaneros. Lo hechizaron los ritos africanos, y huía de la Cuba aristocrática y formal refugiándose en los barrios pobres y negros o en los cabarés de la playa, donde reinaban músicos que regateaban al hambre y la pobreza al compás de sones y rumbas. Federico llegaba exaltado de Nueva York y se envenenaría carnalmente mucho más en La Habana. Pero esa picadura casi siempre ha tenido cura. El novelista Abilio Estévez revela cómo cierta noche el poeta fue conducido por otros dos escritores isleños, Labrador Ruiz y José Zacarías Tallet, a un bar de copas en aquella época emblemático, el Two Brother, abarrotado de marineros de todas las nacionalidades, de marihuana y del mayor censo por metro cuadrado de putos y putas. Federico volvió a perderse de nuevo, aunque esa noche no estaba solo. Lo acompañaba el chófer que había paseado a los tres hombres de letras por el puerto. Al parecer, y para los que entienden de efebos, el negro era deslumbrante. Y Lorca, tan sensible a la belleza, especialmente a la de los negros que había descubierto en Nueva York, entregó esa noche sus encantos a tan extraordinario conductor. No regresó en busca de sus dos amigos hasta el nacimiento del nuevo día. Radiante y satisfecho. Antes de retirarse, Federico sacó una tarjeta de su cartera y se la entregó al chófer. Los dos escritores cubanos, una vez que despidieron al español, rogaron al negro que les enseñara el modesto papel. Tan solo podía leerse: «Federico García. Modisto».

Santiago es, en número de habitantes, la segunda ciudad de Cuba. Sin embargo, su significado es mucho más amplio que el medio millón

de almas que cobija. Fue, tras Baracoa, la segunda capital que tuvo la isla hasta que en 1553 La Habana ocupó su lugar como centro del poder colonial. En cambio, durante más de cuatro siglos y medio, Santiago nunca ha perdido los títulos honoríficos de cuna del ron, del carnaval, de las revoluciones, de la trova cubana y del son, base principal de la mundialmente famosa salsa. Casi nada tratándose de Cuba, donde el baile es una suerte de religión y el cordón umbilical que emparenta a todo un país. «Los cubanos tenemos cuatro líneas en la palma de la mano: la de la vida, la del amor, la del destino y la de la música.» Vio zarpar a Hernán Cortés a la conquista de México. Nacer al escritor José María Heredia, romántico cantor de la libertad, y a Antonio Maceo, héroe independentista de valor sin igual. Aquí duermen el sueño eterno el Apóstol José Martí y Carlos Manuel de Céspedes, Padre de la Patria. En Santiago concluyó la dominación española en América y es, por méritos propios, la única capital de la isla que lleva el nombre de la patria. «Ciudad heroica», la llaman los cubanos. Desde muchos puntos de vista es más caribeña que La Habana, debido, en gran medida, a su proximidad con Santo Domingo y Jamaica. Su directorio telefónico también constata la huella francesa. Tiene su explicación: con motivo de la sangrienta revolución haitiana de finales del XVIII, centenares de familias galas huyeron y se refugiaron en Santiago. Haití es la tierra más cercana a Cuba, separada por los 77 kilómetros que mide el Paso de los Vientos, y hasta aquí llegaron los pocos europeos que tuvieron la fortuna de contarlos. Al resto de los franceses y a sus descendientes los asesinaron sin piedad en la sangrienta represión decretada por el emperador negro Dessalines, quien, por primera vez en la historia, abolió el sistema esclavista de forma autónoma. Haití, el segundo de los países americanos tras Estados Unidos en declarar su independencia, es hoy una de las naciones más pobres de la tierra.

La bendita diferencia horaria cuando viajas rumbo al oeste nos concede a nuestra llegada la recompensa de empezar la noche en Santiago cuando en España dan las cinco de la madrugada. El premio nos induce a sortear los primeros el estricto control aduanero. Pese a su

celo metódico, y contra todo pronóstico, salvamos diez bolsas envasadas al vacío de embutido de Guijuelo (Salamanca). Con el paso de los días, su cotización será incalculable. Para los que viajen por primera vez a la isla, no está de más recordar, por si algún lector aún alberga dudas, que durante medio siglo Cuba ha sido, y sigue siendo, una DICTADURA, y que, como sistema injusto y autoritario que es, acumula un sinnúmero de paranoias de difícil comprensión e imposible discusión. Está prohibida, por ejemplo, la entrada de cualquier tipo de GPS —el Gobierno cubano considera que podrían facilitar la fuga del país por mar sobre balsas domésticas—, al igual que los *walkie-talkies* o receptores de radio profesionales, que permitirían a los disidentes contactar con el *diablo imperialista*. La lista de prohibiciones es inagotable. Desde mecanismos de aire acondicionado, a duchas, freidoras, calentadores de agua, planchas de consumo medio o tostadoras de pan. No es ciencia ficción. Toda esta información puede consultarse en la página web de la Aduana General de la República de Cuba. ¡*Patria o muerte!*

Fuera del aeropuerto, cientos de santiagueros esperan al pasaje. Los alienta la emoción de abrazar a los suyos. También las viandas de sus equipajes y las divisas que durante semanas multiplicarán su raquítica cartilla de racionamiento. El milagro de Canaán en versión doméstica. A nosotros solo nos espera la isla. Me equivoco. Un mulato gigante me arrebata las maletas mientras sonrío. «Soy el mejor taxista de Santiago. Hoy es su noche de suerte.» Es un chófer ilegal. *Botero* en el sabroso argot cubano; por eso no aguarda en la *piquera* (parada).

Nos abrimos camino entre las sombras. El coche carece hasta de cinturones de seguridad. Cincuenta años de Revolución han dejado a Cuba en anocheceres sin más luz que las estrellas y bombillas minúsculas. Sin embargo, esta noche es aún más impenetrable. Santiago hiberna y nos aguarda bajo un silencio sepulcral. Qué extraño. Recordaba esta ciudad con hilo musical incorporado. Nos despedimos del «mejor taxista de Santiago», no sin antes pactar un precio razonable para disponer en la siguiente jornada de su coche y guía.

El Casagranda nos da la bienvenida. Es un hotel con el peso de la historia que apenas compensa su edad con mínimas reformas. Está ubicado en pleno Parque Céspedes, el corazón y pulmón de Santiago. La coqueta plaza se reparte entre el Ayuntamiento, desde cuyo balcón azulón Fidel Castro pronunció el discurso de su victoria el 2 de enero de 1959, la Catedral de Nuestra Señora de la Asunción y la antigua casa del colonizador Diego Velázquez, el edificio más antiguo que sigue en pie en Cuba tras sobrevivir durante cinco siglos a huracanes, terremotos y revoluciones. Cierra la plaza el Hotel Casagranda, que alojó al falso espía del escritor Granham Greene cuando viajó al oriente cubano en la imprescindible novela *Nuestro hombre en La Habana*.

Consigno, previo pago de un suplemento, una habitación en el cuarto piso que mire a la Plaza. Eufemística e irónicamente, la llaman «Junior suite». Le sobra el título, y también le sobran años. La vista, en cambio, sobrecoge. El reloj de la Catedral se cuele por las ventanas y sus campanadas nos dan la hora. «Cuando yo siento sonar las campanas de la Catedral, doy un salto de alegría y les digo a los viajeros: estamos en Santiago», cantaba Compay Segundo. Antes de ascender a la habitación, el recepcionista nos desvela el porqué de tanto silencio. Hoy ha muerto Vilma Espín y el Gobierno ha decretado luto nacional. Todos los locales nocturnos y el resto de garitos están cerrados en señal de duelo. ¡Adiós a mi anhelado mojito en la Casa de la Trova!

Vilma Espín pertenecía a la alta burguesía santiaguera. Era hija del abogado de los Barcardí, posición social que le permitió completar sus estudios de Ingeniería Química en Boston (Estados Unidos). Su casa familiar sirvió de refugio a los asaltantes al cuartel Moncada. En su época universitaria, participó en las manifestaciones contra el Gobierno golpista de Fulgencio Batista y tuvo la fortuna de conocer al emblemático líder revolucionario Frank País. En todo caso, era una más. Sin embargo, cambió su destino tras servir como mensajera entre Frank País, que estaba en Santiago, y Raúl Castro, escondido en las montañas, y se casó con este último tras el triunfo de la Revolución. Fidel, con todo un país por seducir, no asistió a la boda en el hotel Ha-

bana Libre, antiguo Hilton. Gracias a sus nupcias, Raúl silenció los rumores que lo tachaban de *pájaro* (homosexual). El pequeño de los Castro nunca despertó simpatías entre los barbudos. Se burlaban de su *cola de caballo* (coleta) y, a sus espaldas, lo apodaban «la china roja». El matrimonio tuvo cuatro hijos. Vilma Espín también fundó y presidió hasta su muerte la Federación de Mujeres Cubanas.

Los lacrimosos programas especiales de la televisión cubana, que se repetirán incansablemente toda una semana, no dicen que Vilma Espín mandaba en misión extraoficial a sus costureras particulares rumbo a Europa para abastecerse de telas con las que confeccionar sus vestidos. También silencian hasta la más mínima referencia a su hermana, Nilsa Espín. A diferencia de Vilma, Nilsa sí tenía una dilatada y valerosa historia insurreccional. En cambio, era más modesta y menos fotogénica. También se casó, pero escogió como compañero eterno a un oscuro rebelde sin nombre. Para ella no había comandantes ni líderes carismáticos. Su marido tan solo trabajaba en la reforma agraria en Pinar del Río y siempre se mostró muy crítico con los presuntos logros revolucionarios, hasta que un día de 1969 se pegó un tiro en la sien. Cuando informaron a Nilsa, ella estaba trabajando en el despacho habanero de Raúl Castro. Sin aspavientos, se encerró en el baño y, rodeada por una soledad infinita, sacó su pistola para descerrajarse otro disparo en la testa. Más tarde se supo que los consortes tenían un pacto suicida y secreto. Lo respetaron hasta las últimas consecuencias.

«Siempre dije que yo iría a Santiago en un coche de agua negra. Iré a Santiago. Brisa y alcohol en las ruedas, iré a Santiago.»